

Una nueva Fiesta

DEDICATORIA:

*Al maestro Santiago Martín 'El Viti', luz
cenital del toreo, en la celebración del
LX aniversario de su alternativa.*

AUTOR: Francisco José Sánchez

'Paco Cañamero'

INTRODUCCIÓN

La Tauromaquia en tiempos de la pandemia

La Fiesta es posible gracias al riesgo y a la emoción, que son la particular batuta que marca los sonos de la corrida de toros.

(Domingo Ortega)

La terrible pandemia, conocida como Covid-19, que asola a la humanidad desde el inicio del año 2020, ha hecho tambalear al mundo. España, al igual que el resto de las naciones, ha quedado atascada en un amplio socavón que ha dejado el triste recuerdo de los cementerios llenos y la incertidumbre de una inmensa crisis, de la que transcurrirán años hasta recobrar la normalidad.

La Tauromaquia, símbolo de España e icono cultural identitario del país ha sido una de las artes más lastradas por la Covid-19, al verse obligada a la forzosa paralización del sector y dejar a miles de profesionales sin sustento, junto al mundo ganadero que ha visto cerrar la puerta de sus ingresos, sumado al inmenso lastre de verse obligado a mandar camadas enteras de saca al matadero. A la falta de actividad se ha sumado otra guerra, la soterrada del Gobierno de España —en la extraña alianza formada entre PSOE/Podemos y eso que el PSOE cuenta con una larga tradición taurina- mostrándose contemplativo ante la incertidumbre y destrucción que asola el mundo taurino y mirando para otro lado cuando alguno de sus socios vierte sus bilis contra la Tauromaquia, inmersa en la mayor crisis que ha vivido en el último siglo largo de su historia.

La pandemia, que inesperadamente llegó con su aguijón de muerte y devastación a principio de 2020 para provocar un auténtico terremoto social en todas las estructuras sociales y económicas, propició una reacción de todas las fuerzas para tomar medidas que menguaran los daños. Sin embargo, en la Tauromaquia, desde el primer momento, quedó al descubierto la desunión reinante entre los profesionales, al dejar al aire las vergüenzas de sus carencias e intereses, sin que nadie fuese capaz de reaccionar, ni de poner orden mientras transcurrían los meses sin coger al toro de la crisis por los cuernos y se anunciaban en cadena las suspensiones de los ciclos feriales.

De aquí en adelante llega una Fiesta nueva que para sobrevivir debe olvidar errores del pasado y no buscar paños calientes, ni caminos alejados a los que alzaron a la Tauromaquia a ser un símbolo cultural de España. La realidad del espectáculo habita en la EMOCIÓN, que son palabras mayores y es el camino de refundación de la Fiesta cuando llegue la normalidad.

CAPÍTULO I

Antecedentes

Transmitir el sentimiento de una tarde de toros es lo más hermoso que le puede ocurrir a quien vive de las letras.

(Ernest Hemingway)

La historia moderna de España no se entendería sin la presencia de la Tauromaquia, especialmente desde que en el siglo XVII surgen las primeras figuras en los diestros Joaquín Rodríguez ‘Costillares’, José Delgado ‘Pepe Hillo’ o Pedro Romero. También, por entonces, comienzan a establecerse las corridas modernas, las mismas que con sus avances e innovaciones llegan hasta hoy. Anteriormente a esa época, el toro estaba presente en celebraciones y grandes acontecimientos -siempre en forma de torneos, lances, recortes...-, con amplio protagonismo de la nobleza.

Los avances e innovaciones introducidos en distintos momentos de la Fiesta han desembocado en la actual Tauromaquia, la misma que cuenta con un representativo legado cultural en cuyas fuentes han bebido destacadas celebridades mundiales. Desde pintores de la talla de Goya hasta el actual Miquel Barceló-, escritores –Ernest Hemingway, Camilo José Cela, Larry Collins, Vargas Llosa...-, poetas -García Lorca, Miguel Hernández, Gerardo Diego...-, músicos -Joaquín Rodrigo, Plácido Domingo, Madonna, Duke Ellington, Joaquín Sabina...-, cineastas -Orson Welles, Luis García Berlanga, Jaime de Armiñán...- que encontraron en su belleza, riesgo y colorido la identidad para desbrozar las sendas de su inspiración. Además, gracias a la aportación lograda a lo largo de varios siglos, la Tauromaquia se convirtió en un tesoro cultural, capaz de movilizar hasta 15 millones de espectadores que asistieron a las plazas de toros en sus años más fructíferos, convirtiéndose en el segundo mayor espectáculo de masas del país y uno de los principales generadores económicos, con un censo laboral que supera las 200.000 personas.

Para buscar comparaciones de esta crisis con otras pretéritas que asolaron la Tauromaquia, habría que remontarse a momentos históricos. De esa forma se puede calibrar que la Fiesta ha sufrido numerosos vaivenes y tiempos de incertidumbre. A continuación mostramos dos ejemplos claros que analizan otros momentos convulsos

ocurridos en diferentes etapas y sirven para tener una idea sobre la Fiesta y el fortalecimiento del que siempre ha salido tras atravesar alguna de las etapas que hizo tambalear sus cimientos.

A) La supresión papal en 1566, primera gran crisis

De todas las crisis, la más significativa ocurre en el siglo XVI a raíz de que el Papa Pío V -1566-1572- prohíba las corridas nada más sentarse en la silla de San Pedro. Justo en su primer día de Pontificado, incluye un programa de reforma general de costumbres que llevó a la prohibición total de los espectáculos taurinos, de los que afirmaba “son más propios de los demonios que de hombres”. La polémica ley provoca el rechazo del pueblo español, que se une para recuperar los toros. Dos años más tarde, el veintitrés de julio de 1570, el rey Felipe II recurre a Pío V en demanda de renovación o mitigación de la reforma, sin que la súplica sea aceptada y hasta el fallecimiento del Papa censor no llega la normalidad. Es su sucesor, Gregorio XIII, quien al poco de ser coronado anula las censuras y a partir del veinticinco de agosto de 1575, nueve años después de su prohibición, las corridas recobran la legalidad. Y España vuelve a disfrutar plenamente de su Fiesta, entonces habitual en torneos, lances, doctorados de estudiantes...

En el escenario de esos días tan convulsos, una capital española que siglos más adelante llegaría a gozar de importancia en la Tauromaquia, Salamanca, tiene un amplio protagonismo en la polémica gracias a la fuerza ejercida por su prestigiosa Universidad. A raíz de la prohibición papal, el obispo de la diócesis charra procede contra algunos catedráticos de su Universidad por su afán de animar a los clérigos a asistir a las corridas alentándoles de que no incurrirían en ningún pecado. A pesar de la afrenta del prelado salmantino, no se evita que varios catedráticos –entre ellos sacerdotes y religiosos- del viejo Estudio salmantino, no solamente continuasen acudiendo a los toros, sino que animan a sus discípulos para que les acompañasen al coso. Mientras, los doctores salmantinos no dejan de pregonar las excelencias de la lidia de reses bravas, llegando a escribir colectivamente una carta, que se conserva en la Biblioteca Nacional y cuya primera firma es la de Fray Luis de León.

En la polémica papal, de nuevo queda claro algo que ha presidido la historia de la Fiesta y es que cuando llegan ataques injustificados, alguien debe dar el paso

para defenderla, como sucede en ese momento con las eminencias de la Universidad de Salamanca.

B) La Edad de Oro salva la Fiesta

Aquella ocasión en la que claramente estuvo tan cerca de desaparecer, no será la única. Habrían de transcurrir cuatro siglos y alcanzar los albores del siglo XX, ya con la Tauromaquia muy evolucionada, cuando de nuevo vive días muy oscuros que hacen tambalear su futuro.

Entonces las plazas apenas cubren una mínima parte de su aforo, entre otras razones porque los principales toreros -Ricardo Torres ‘Bombita’, Antonio Montes, Guerrita, Antonio Fuentes, El Algabeño, Lagartijo, Frascuelo, Vicente Pastor...-, aunque habían sido muy importantes, estaban muy vistos y el público pide novedades que no acaban de llegar. Por otro lado, socialmente, cada día estaba peor visto asistir a las corridas de toros, ahogándose el espectáculo en una profunda poza del que pocos pronosticarían que acabara saliendo a flote.

Junto a los públicos, la intelectualidad también le da la espalda haciéndose notar las voces antitaurinas, capitaneadas en el escritor Eugenio Noel -que dedica una cruzada personal contra la Tauromaquia y el flamenquismo-. También el pensador vasco Miguel de Unamuno, manteniéndose fiel a su ideas después de haber sido rector de una universidad, la de Salamanca, situada en una tierra de enorme solera ganadera, a cuyas familias de mayor abolengo, debido a la importancia social que ostentan, bautiza como la ‘cuernocracia’.

El tiempo pasa lentamente en esa sociedad amargada por el reciente desastre del 98, hasta que en la primera década del siglo XX surge una arrolladora pareja de muchachos sevillanos -Juan Belmonte y Joselito ‘El Gallo’- que en poco tiempo cambian la estructura de la Fiesta, gracias a la revolución taurina que protagonizan y dada la ejecución de su interpretación, de su arte y del valor que atesoran despiertan a la población española hacia el espectáculo taurino. Y del rescoldo vuelven a surgir las llamas de la pasión.

Al calor de sus éxitos, el toreo vive una auténtica eclosión, denominada Edad de Oro y la afición se divide, apasionadamente, entre belmontistas y gallistas, dos bandos irreconciliables que escriben un capítulo de rivalidad sin tregua durante varios años. Concretamente hasta el 16 de mayo de 1920, cuando Joselito ‘El Gallo’ cae

mortalmente herido en la plaza de Talavera de la Reina al ser corneado por un toro de la Viuda de Ortega llamado 'Bailaor'. Durante los años que rivalizan es tal la pasión despertada por la pareja que en España brota una corriente de ilusión y la gente discute apasionadamente sobre las cualidades de uno y otro. También de la alegría colectiva que traen sus éxitos en una época de fervor taurino que comienza a vivir toda, absolutamente toda, la sociedad española.

La pasión alimenta un abundante anecdótico y de ello hay ejemplos muy curiosos para definir su impacto. Cuentan que Juan Belmonte, tras su primer viaje de América desembarca en el puerto de La Coruña y, desde allí viaja hasta Madrid para permanecer unos días de asueto al lado de sus amigos, los intelectuales, con quienes se cita en la tertulia del café Fornos. Una vez que ha disfrutado de varias jornadas en la capital decide desplazarse a su ciudad.

Sabedores en Sevilla que regresaba su ídolo, a la hora de la llegada del expreso de Madrid, los andenes de la estación de Plaza de Armas son invadidos por miles de personas que querían aclamar a su torero, tocarlo, felicitarlo por sus éxitos... El ambiente se vive con tanto ardor que, al igual que sucedía en sus tardes triunfales, lo llevan en hombros hasta su domicilio, situado en el barrio de Triana, al lado de plaza del Altozano. El cortejo en honor del torero pasa por delante de una iglesia, a la que intenta entrar la multitud, enfervorizada, con la finalidad de poder sacar unas andas para llevar sobre ellas a Juan Belmonte en el tramo que restaba hasta su casa. Entonces, al traspasar la puerta de la iglesia, a los partícipes de tan aviesas intenciones, el cura, que se encontraba preparando los oficios, los expulsa con destemplados gritos de blasfemos.

Conseguida la paz, sentado ya en la gestatoria, sudoroso del nerviosismo vivido, le dice a su sacristán:

- Qué brutos, querer llevar a Belmonte en andas. ¡Todavía si fuera Joselito!

La particular revolución traída por Joselito 'El Gallo' y Juan Belmonte cambia la imagen tradicional de los toreros, quienes -con la excepción anterior de Luis Mazzantini- deja de ser decimonónica -vestidos siempre de traje corto, coleta natural...-. Gracias al interés imantado por esta pareja cambia la forma de vivir de los toreros y también la estructura de Fiesta con la llegada de las grandes contribuciones inspiradas por ellos mismos, al ser artífices de trazar los pilares del toreo moderno. Por ejemplo, a Joselito le preocupaba mucho que las plazas no pudieran acoger a

todos los aficionados al quedarse pequeñas con la dimensión espectacular que tomaba la Fiesta, por lo que contribuye al fomento y a la construcción de las llamadas plazas Monumentales, que contaran con un amplio aforo y así poder abaratar los costes gracias a la posibilidad de adaptar precios asequibles para todos los bolsillos.

De esa forma es el impulsor de la Monumental de Sevilla, magnífica plaza que compite, durante varios años, con la Real Maestranza. En Madrid inspira La Monumental de Las Ventas, confiando el proyecto al arquitecto, José Espaliú. La pena fue que no pudo ver ese colosal coso -ni tan siquiera estar presente en el comienzo de las obras-, por su trágica muerte acaecida en Talavera de la Reina.

Respecto a Juan Belmonte destaca su afán por conocer el mundo de la Cultura a raíz de que la intelectualidad comienza a interesarse por él, quedando tan cautivados de su personalidad que cambian en su manera de ver la Fiesta porque antes incluso alguno de ellos aseguraban que el atraso de España se debía, en parte, a ese arte. Entonces, los grandes próceres de la Generación del 98 -Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Ignacio Zuloaga o Julio Camba-, se convierten primero en sus partidarios y, más tarde, en sus grandes amigos.

Belmonte se fija tanto en la manera de ser de los intelectuales que adapta hasta sus mismas formas de vestir. Apenas tiene estudios, pero se convierte en un lector empedernido -cuentan que en sus viajes llena las maletas de libros recomendados por sus nuevos amigos- y gracias a su afán por ampliar sus conocimientos humanísticos, acaba convertido en un hombre enriquecido por una vasta cultura. Hasta tal punto compartía, Belmonte, inquietudes con la Generación del 98 que, muchas veces autorizadas, afirman que fue un miembro más.

Desde entonces ningún torero -quizás ahora un poco José Tomás, pero en menor escala- ha tenido tantos apoyos entre intelectuales de máximo nivel. Y no solamente españoles, porque también fue amigo del Nobel estadounidense Ernest Hemingway, quien se hace eco de la personalidad de Juan Belmonte, de manera muy generosa, en dos de sus novelas: 'Muerte en la tarde' y 'Fiesta'.

CAPÍTULO II

Consecuencias de la actual crisis

Los toros son el último ARTE en mayúsculas que pervive en nuestra sociedad.

(Albert Boadella)

El toreo ha atravesado numerosas crisis a lo largo su historia, alguna de las cuales han hecho temer por su futuro. La más grave de los últimos 120 años es la actual, la provocada por la pandemia, que dejó sin actividad la mayoría de las plazas desde la temporada 2020, sumándose a la crisis arrastrada en los últimos años, con la Tauromaquia inmersa en un virulento proceso en su contra derivado de nefastas gestiones, pérdida de casta en el toro bravo, falta de renovación entre las figuras, ausencia de emoción, alto precio de las entradas, olvido en la promoción de las bases...

A nadie escapa que la Tauromaquia ha perdido valores con el paso del tiempo. O lo que es igual se ha ido humanizando durante la lidia al buscar otro tipo de toro más dócil, con menos peligro y se enterraba su esencia buscando la facilidad. De ahí que lastre y haya hecho que muchos aficionados deserten de un espectáculo que jamás debería perder interés. Ni tampoco apearse de la grandeza que siempre fue su alma.

De ahí que la gran crisis surja por los siguientes aspectos:

A) Pérdida de respeto al toro y a los encastes

En los últimos años, la Fiesta ha perdido parte de su grandeza al dejar en la cuneta del olvido a históricos encastes. Sangres protagonistas de infinidad de hitos - Santa Coloma, Santillo, Contreras...- han quedado excluidos del circuito taurino para dar paso a la casi exclusividad del denominado en la jerga encaste 'Domecq'. Grandiosos toreros, algunos de la talla de Paco Camino o Julio Robles, rubricaron su trayectoria con éxitos frente a Santa Coloma. Y no olvidemos que Antonio Ordóñez en sus citas isidriles siempre se acartelaba con una corrida torista, generalmente la de Pablo Romero; también El Viti en su paso por Madrid varias veces estoqueó legendaria divisa, como la citada de Pablo Romero, en otra ocasión con la de Victorino Martín e incluso con la de Miura, en 1965, cortando dos orejas. Sin

embargo, si en estos tiempos una figura se anuncia con ello se vende como una gesta, en una clara degradación de la Fiesta, de su integridad y pureza.

Más grave aún es que muchos de los ganaderos indican que solamente les interesa criar el toro para que ‘sirva’ en la muleta, sin importar la suerte de varas, que siempre fue el momento más vibrante de la lidia, con la emoción que significa ver su bravura mientras se arranca al caballo. Los toros son emoción y más allá del toreo bonito demandado en estos tiempos, donde existe la tendencia –que es una barbaridad- de decir que “hoy se torea mejor que nunca”. Porque la realidad no es otra que hoy tenemos –en la mayorías de las ocasiones- una Fiesta descafeinada y dominada, en tantas ocasiones, por la monotonía, junto a la fragilidad del espectáculo.

B) Monopolio empresarial

La empresa taurina en los últimos años ha quedado reducida a un selecto y reducido grupo de empresarios. Y con ellos se ha perdido la variedad y cantidad de empresarios que hacían una Fiesta más atractiva. A bote pronto, nombres como González Vera, Barrilaro, Moyita, Jumillano, Higinio Luis Severino, Octavio Martínez, Alegre, Puchadés, Bernal, El Serranillo, Segundo Arana, Ródenas... gozaban de prestigio en la gestión de sus plazas, que sabían defender con variedad de espectáculo y siempre promocionando los festejos menores. Sirva el ejemplo que en las novilladas sin picadores que, de la mano de Barrilaro, acogía el zaragozano coso de La Misericordia, surge una figura histórica, Paco Camino. O Bilbao, que programaba tantas novilladas que contaba con un empresario para la temporada diferente a la familia Chopera, organizadora de las ‘Corridas Generales’. De allí, en los tiempos que José Cruz organizaba esos festejos, un chaval de Salamanca, Pedro Gutiérrez Moya, El Niño de la Capea en los carteles, encontró su horma para ser figura gracias a esas novilladas de promoción. El año antes también causó furor en Bilbao la pareja de novilleros integrada por Manzanares y Galloso, mientras que en la época del Niño de la Capea también alcanzó éxitos novilleriles sobre las arenas negras de ese coso, su paisano Julio Robles.

Poco a poco aquel sistema empresarial fue apagándose y en su lugar se crearon los dañinos monopolios que manejan el sector, sin pedir jamás opinión al aficionado, o lo que es igual, a su cliente, quien sustenta el espectáculo con el precio

que paga por las entradas. Hoy el empresariado carece de imaginación e ideas y siempre se limita al sota, caballo y rey, siendo las ferias son un calco.

El empresariado actual es el culpable de la descafeinada Fiesta que ha traído el toro ‘Domecq’, también de la falta de promoción tras el desembarco de esos monopolios que manejan los hilos de la Tauromaquia y han acabado con la casi totalidad de empresas menores. Los monopolios son grupos empresariales que dirigen las carreras de varios toreros, a la vez también son gestores de las principales plazas y ganaderías. El caso más representativo en estos días es la familia García Jiménez, conocida en los ámbitos taurinos como Matilla, quienes mueven todos los hilos del negocio taurino. A esa lista se suma el francés Simón Casas, con tantos claroscuros en sus gestiones –incluida la de Las Ventas-. O el grupo BMF, cuya cabeza visible es el del multimillonario mexicano Alberto Bailleres –delegando sus funciones en el matador de toros Antonio Barrera-, quien a golpe de talonarios tras comprar las acciones de la familia Chopera, además de la ganadería de Zalduendo y otros activos, busca hacerse con el control del toreo, sin aportar de momento nada positivo, más que la continuidad de una Fiesta que pide cambios urgentes.

Con el monopolio empresarial, en los carteles se repiten una y otra vez los mismos nombres, sin dar alternativas a toreros emergentes que reúnen condiciones y no están bajo la influencia de su paraguas. En los últimos años llama la atención ver a Emilio de Justo, uno de toreros con mayor frescura, al que está cuesta un mundo hacerse un sitio, al ser tantas apartado de las grandes ferias por no pertenecer a ninguno de los monopolios.

Los monopolios no buscan más que dinero rápido, sin importante el futuro, de ahí que en las ferias organizadas por ellos prescindan de las novilladas -excepto si existe obligatoriedad en el pliego de condiciones a la hora de concursar por la plaza-. Y olvidar las novilladas es cortar las alas al futuro; olvidando, además, que en muchas épocas despertaron tal pasión que hasta llegaron a tener más importancia que las propias corridas. Ocurrió en tiempos de Aparicio y El Litri -un año, en la valenciana Feria de Julio, los carteles se constituyeron con novilladas basadas en la famosa pareja-, sin olvidar otras que revolucionaron el cotarro taurino, ejemplo de Jumillano y Pedrés -este último con su paisano Juan Montero anteriormente formó tándem-, Pacorro y El Tino –toreaban y se contrataban trenes especiales para ir a verlos-, Manolo Vázquez y Antonio Ordóñez, Manzanares y Galloso, Julio Robles y El Niño de la Capea –cuya rivalidad fue semejante a la de José y Juan, en versión charra-, más

recientemente nombres como Julio Aparicio, Finito de Córdoba –sus paisanos fletaron aviones para asistir a su presentación en La México- Pedrito de Portugal, El Juli... fueron auténticos revulsivos del escalafón inferior, el mismo que ahora se ha convertido en el patito feo de los monopolios al dar de lado el verdadero vivero del futuro.

Además, en ese gremio abundan los instigadores desde la sombra. Fue el caso ocurrido en el verano de 2020 contra un hombre que luchaba contra la adversidad y fue literalmente zancadilleado por sus propios compañeros. Se trata de José María Garzón, regente de la plaza de toros del Puerto de Santa María, quien organizó un atractivo cartel en agosto de 2020, con un enorme trabajo por sacar a la Fiesta de ese pozo de la hecatombe que trajo el tsunami de la pandemia, encontrándose con las zancadillas injustas e inoportunas de su sector.

C) La poda en el árbol de la Tauromaquia

La Tauromaquia ha clavado sus raíces en el frondoso árbol de España, hasta que fue podado por diferentes leyes en forma de prohibición, mientras los integrantes de la propia estructura taurina permanecían pasivos. La primera llega en 1991 en las Islas Canarias, donde apenas nadie alzó la voz para criticar la ley porque las plazas de Santa Cruz de Tenerife y de Las Palmas de Gran Canaria llevaban varios años con las puertas cerradas. Posteriormente y con amplia polémica fue Cataluña -que había gozado de una gran raigambre taurina e incluso fue la región que más festejos programaba en las pasadas décadas de los 60 y 70-, la que perdió la Fiesta en 2010, época en la que ya solamente quedaba en uso la Monumental de Barcelona. Sin embargo el Tribunal Constitucional declara nula la prohibición en sentencia del 20 de octubre de 2016 alegando en las conclusiones que no se podía prohibir un espectáculo que gozaba del tratamiento de Patrimonio cultural Inmaterial. Aún así, en Barcelona, ni en ningún otro punto de Cataluña, han vuelto a organizarse festejos taurinos.

Otra tierra como Galicia vive con el miedo de la soga al cuello ante las amenazas del Bloque Nacionalista Galego (BNG) de poner en practica otra ley de prohibición en el particular pulso de esas fuerzas políticas con aquello que tenga nexos Español. De hecho, en Galicia, no se mantiene activa más que la plaza de Pontevedra, con la magnífica Feria de La Peregrina, mientras que el Coliseum coruñés cerró sus puertas para la actividad taurina hace una década. Tampoco han vuelto a instalarse

portátiles, antes tan frecuentes, de manera especial a finales de la pasada década de los 60 y principios de los 70, donde en conocidas localidades gallegas fueron habituales las novilladas y festejos menores. Sirva el ejemplo de un novillero de esos días –Julio Robles- que después sería figura sumó más de una veintena en novilladas picadas en diferentes puntos gallegos.

D) El triunfalismo

Es otra de las esquilas propiciadas por los mismos taurinos, emperrados en pretender que los males se arreglan por la vía del triunfalismo, con orejas tras faenas mediocres -en ocasiones con el agravante de ser mendigadas por los propios toreros o sus banderilleros en horriblas estampas-, con salidas en hombros sin interés -algún día se escribirá en los carteles ‘al final del festejo los actuantes serán izados en volandas para salir por la puerta grande’- y la moda de los indultos que tan poco beneficio al espectáculo. De unos años para acá, se indulta todo, lejos de lo que debería ser un acontecimiento que acaparase los titulares. Porque el indulto debe ser muy especial y al toro que se le perdona la vida sea al verdaderamente bravo, jamás al que se raja a tablas o no haya hecho una buena suerte de varas, o al que abre la boca..., algo que se produce ahora con tanta asiduidad, permitido por una afición y prensa amaestradas.

El festejo taurino tiene un verdadero banderín de enganche y ese no es otro que la emoción. La emoción llega al ver algo diferente para quien está sentado en el tendido y sigue la lidia con el corazón latiendo a gran ritmo en el momento que un toro bravo se hace el dueño de la plaza. Y ese toro bravo es la base de regeneración, en vez de uno ¡que no moleste! –como señalan algunos ganaderos que es la cualidad del toro que crían-. Desde luego, si vuelve el toro bravo y encastado, las trayectorias de los matadores no serían tan largas. De hecho en ninguna época permanecían tantos años en activo. Por ejemplo, antes cuando se retiraban las figuras mataban el gusanillo en festivales benéficos, algo que hoy casi ha desaparecido y eso que eran una escuela de aficionados, porque a las veteranas figuras de la actualidad les es más fácil seguir vistiendo de luces y continuar haciendo caja.

Esta situación ha propiciado que exista un escalafón con diestros muy vistos. Y ojo, aquí hago un inciso porque en casi todos los tiempos existieron veteranos que iban o venían –reaparecer siempre ha sido algo muy torero- alternando con las

novedades de esa época y propiciando que los la gente joven bebiera de sus fuentes para hacerse buenos aficionados. Un buen ejemplo llega en los años 80 con la reaparición de Antoñete y Manolo Vázquez, que provoca el interés por los toros de numerosos chavales. O más recientemente con Juan Mora, el último lujo del toreo, al que los estamentos de esta Fiesta, tan faltos de sensibilidad, no supieron aprovechar. En captar su arte, esencia, colocación, distancias... estaba la verdadera escuela para que los más jóvenes bebieran de las fuentes del toreo eterno.

E) El movimiento antitaurino

La gran cruzada contra la Fiesta comenzó a finales de la pasada década de los noventa. Desde entonces, los movimientos antis buscan seguir lastrando a la Fiesta, sin que a estas alturas nadie sepa cómo finalizará esta guerra después de que los indecisos políticos, más pendientes de sumar votos que del interés común y callados ante las protestas antis para no molestar, tienen tanto que decir. Y lo hacen a espaldas del que es el segundo espectáculo de masas del país, pero aferrados a la seguridad que les supone el triste devenir de los taurinos, más pendientes de buscar el triunfalismo para tratar de defender la grandeza del espectáculo –sin importarle la esencia-, mientras que desde la trinchera contraria siguen plantando batallas para alcanzar su meta de erradicar la Fiesta, para lo que cada vez cuentan con más adeptos entre las gentes de la cultura o del periodismo –a nadie escapa la columna del primer domingo de mayo de Manuel Vicent en El País mostrando su fobia taurina-. O las cada vez más voces de rostros famosos manifestándose en las redes sociales por el fin de la Tauromaquia.

F) Una prensa taurina servil a toreros y empresarios

Cuando uno lleva caminados tantos pasos en las sendas taurinas, cada día es más desolador observar el espectáculo ofrecido por la nueva crítica. Ciertamente existen magníficos profesionales, con criterio y calidad literaria, aunque son los menos. Hoy se ha impuesto la servidumbre a las figuras, al sistema y estar al servicio del triunfalismo con una prensa jaleadora, que incluso hasta destroza un lenguaje tan rico como el taurino, para buscar calificativos tan pedantes como ‘toreabilidad’. O algo tan elegante y clásico como la temporada, para referirse a la hortera de ‘curso’.

O esta corrida llega ‘muy abierta de sementales’. O la estupidez de ‘el toro ha salido agarrado al piso’. O la manera de maquillar una mala entrada con ‘lleno a la mitad’.

Pero el colmo es la falta de conocimiento de la mayoría de una prensa taurina, especialidad periodística que vive sus días más bajos y sustentada por la publicidad de toreros, empresarios e incluso ganaderos, razón por la que pierde cualquier rigor para pasar a ser meros publicistas. La situación se acrecienta también por las redes sociales, positivas por la inmediatez, pero negativas por dar opinión a que se ceba con sus fobias y filias.

En esta época, la mayoría desconocen la lidia y la verdad del toreo, que debe basarse en la emoción, llegando en no pocas ocasiones al atropello a la historia y a la grandeza del arte del toreo. Sin ir más lejos, durante la pasada Feria de San Isidro celebrada durante el mes de mayo de 2021, en el coso de Vistalegre, en el madrileño barrio de Carabanchel, en un portal taurino se rasgaban las vestiduras porque Morante de la Puebla había comenzado la faena con la espada de verdad. Y lo triste es que alguien que llega a tanta gente –y por tanto con la mala información se la confunde– desconoce que la pureza es salir con la espada de verdad, algo que siempre han hecho los grandes toreros y se ha perdido a medida que se descafeinaba la Fiesta. Hasta esta época, donde únicamente la utiliza Juan Mora, el último lujo del toreo. Antes, a bote pronto recuerdo a los hermanos Campuzano, Mendes, Palomar, Paquirri, El Viti, Andrés Vázquez... realizando completamente la faena de muleta con la espada de verdad, sin ayudas. Y antiguamente todos, hasta la época de Manolete, quien alegando una lesión en una mano comenzó a utilizar la ayuda, para beneficiarse al ser mucho más ligera. De hecho, hasta no hace muchos años, nada más llegar los toreros al patio de cuadrillas pasaban por la enfermería para que el médico titular le firmaba una autorización y de esa forma poder usar el estoque simulado, hecho que antes de iniciar su lidia se anunciaba para que el aficionado fuera consciente. Después, con los nuevos reglamentos, se perdió a medida que se buscaba una Fiesta ‘ligh’.

G) El triste sino de la suerte suprema

Cada vez con más virulencia, desde los grupos antis, junto a distintos partidos políticos se fomentan los espectáculos incruentos como alternativa a la corrida, tales como encierros, recortes, festejos populares... Eso puede provocar que en un tiempo cercano se regle la suerte de varas, o incluso desaparezca al tener cada vez menos

vigor y estar en las antípodas de cuando era la principal suerte en la lidia, de ahí que hasta los picadores lucieran el oro en sus vestimentas, en claro ejemplo de la importancia que gozaban. Algo distinto a la actualidad y de ello sirve el ejemplo que antes cuando el hermano de un torero no valía para trabajar lo colocaba de mozo de espadas, mientras que en tiempos más recientes lo anima para que se haga picador por el escaso riesgo que tienen con el toro actual y una suerte de varas convertida, tantas veces, en simulacro.

De igual forma, otra suerte en peligro es la suprema, al pretender que los festejos sean semejantes a los portugueses, algo que sería una grave tropelía y se perdería la grandeza del toreo. Y, insistiendo de nuevo en ello, mientras los propios taurinos no son capaces de defender su pan, los enemigos de la Fiesta no cederán en su empeño de acabar con la Fiesta, primero lastrando la suerte de varas y después la muerte del toro a espada, apoyados en las nuevas generaciones que, a medida que transcurre el tiempo, se educadas para no ser aficionadas.

Y aquí una solución está en los propios profesionales quienes deben mentalizarse de la realidad y exigir que la suerte suprema recobre todo su esplendor, porque ahora en la mayoría de los casos se mata muy mal. Aun habiendo buenos intérpretes de la estocada (Uceda Leal, Emilio de Justo...), lo cierto es que otra gran parte del escalafón realiza la suerte de forma penosa.

H) El mundo ganadero, en el abismo

Volviendo al espinoso asunto de la ganadería, poco antes referido, no debemos olvidar que el criador debe volver a recuperar el protagonismo y ser quien mande en el negocio taurino, algo que ahora está en manos de la gran empresa. Hoy el ganadero, que es quien hace posible el espectáculo con la cría del toro, en la mayoría de los casos está manipulado y vendido para poder sacar sus camadas. Ellos deben respetar y hacerse respetar impidiendo, entre otras cosas, la lacra del afeitado, que es otra de las vergüenzas de la Tauromaquia.

Cierto es que ahora viven un momento muy difícil y con dos años -2020 y 2021- tan ruinosos que un importante número de ellos han desistido de continuar criando reses bravas, junto a otros que han reducido sus camadas –suponiendo un inmenso acortamiento ganadero de cara al futuro- ante la ruina que ha supuesto para sus economías la pandemia y tener que enviar a camadas enteras al matadero donde

únicamente reciben unos 500 euros por animal, mientras que si se hubiese lidiado en una plaza la media sería de unos 6.000 euros. Mientras esto ocurría, el Gobierno central mostraba un desprecio absoluto hacia el toro de lidia y a la propia Fiesta, sin que los profesionales protestasen o reivindicasen sus derechos, mostrándose como un sector acoquejado que no alzó la voz –en el momento que lo hizo fue tarde e insuficiente- cuando las luces rojas de las alarmas estaban encendidas y las corrientes animalistas que pretenden erradicar la Tauromaquia estaban amparadas por el Gobierno. Esa actitud tuvo tintes de inconstitucionalidad, al tratar a un sector como ciudadanos de segunda y alejarlos de las subvenciones de ayudas concedidas por el Gobierno para menguar los daños económicos derivados de la pandemia, e incluso negarle sus derechos a las prestaciones de desempleo ante la falta de actividad.

CAPÍTULO III

La reconstrucción y futuro

Se puede decir que el día que no haya toros los españoles tendrán que inventarlos.

(Benito Pérez Galdós)

Tras el inmenso socavón al que ha caído la Fiesta, quienes forman parte del estamento son culpables. También recae sobre ellos la responsabilidad de empujarla para que recobre de nuevo la marcha y salga reforzada. A partir de ahora llega otra época que nada tendrá que ver con la anterior en un nuevo capítulo de su historia. Es el tiempo de refundación y de volver a levantar el inmenso edificio de la Tauromaquia para que en el futuro continúe siendo un símbolo de España y una de los principales fuentes de inspiración de las artes. Es momento de exigir y no permanecer contemplativo ante los avatares adversos que ha traído la crisis, la mala gestión de los propios profesionales y el remate de la pandemia, que la ha dejado en gravísima y evidente situación de riesgo.

Para la continuidad de la Tauromaquia y los rayos de su sol vuelvan a brillar, deben estar presentes los siguientes conceptos:

A) Seriedad e integridad

El espectáculo taurino debe recuperar la seriedad. Es fundamental que un arte donde un hombre se juega la vida ante un toro, más allá de su propia reglamentación esté presidido por la seriedad que deben custodiar, en primer lugar, todos quienes forman parte de la misma Tauromaquia, porque ellos mismos han sido muy culpables de no cuidar detalles, o no respetar la sagrada liturgia de la torería al abrir la puerta de la frivolidad. Por ejemplo no es de recibo que una expresión, como la de maestro, reservada para quien de verdad se la había ganado, y ahora sea común en el trato para todos los que integran el mundo del toro en un claro desprecio. También la falta de respeto entre los propios compañeros, cuando a un torero veterano se le trataba con la

reverencia que se supo ganar, muy lejos de las maneras actuales donde, incluso, impera el chabacaneo.

El comportamiento de los toreros siempre debe ser ejemplar al ejercer un imán de atracción de mucha gente. Tanto de luces como también de calle deben ser siempre eso, toreros y distinguidos hasta por sus andares. Otro ejemplo son los cada vez más penosos comportamientos de muchos coletudos actuales al dirigirse con mal estilo al palco si le ha negado la concesión de una oreja, cuando el respeto siempre debe ser fundamental, se esté o no de acuerdo con la decisión. Y como valoración del respecto nos ceñiremos este hecho protagonizado por el llorado diestro Julio Robles, a quien en la pasada década de los 80, un presidente de Las Ventas –el comisario Juan Font Jarabo- lo privó de varias puertas grandes. Entonces Robles, al igual que los compañeros de esa época y las anteriores eran un señores que sabían respetar las decisiones –aunque por dentro le llevaran los demonios-, sin gesticular jamás y siempre en las antípodas de los espectáculos presenciados en los últimos años, algunos de ellos por las figuras, que deben ser una muestra de torería.

Tan importante como la seriedad, e incluso más, es la presentación de muchas corridas, mayormente en corridas de festejos de toreros de postín, con el agravante de una manipulación de pitones, sin que los profesionales del serrucho apenas se esfuercen en que el fraude pase inadvertido. Hoy, el afeitado hace furor –hemos visto muchos toros sangrar por los pitones- y no han aprendido de las lecciones. Ahí está el ejemplo del pasado año, al programarse la denominada Gira de Reconstrucción y lidiarse encierros que fueron un atropello. Por esa razón, jamás hay que cansarse de exigir la digna presentación, junto a la seriedad, de un espectáculo taurino. Todo lo que sea ocultarla es arrojar piedras sobre el prestigio de la Tauromaquia. Si los taurinos se empeñan en seguir afeitando y buscando un toro dócil, es lógico y normal que la gente deje de ir a las plazas y por tanto, más pronto que tarde, la Tauromaquia acabe por desaparecer. Si por el contrario se mentalizan que la refundación pasa la lidia del toro encastado, está claro que los tendidos se volverán a llenar de entusiastas aficionados y hasta proliferaran toreros nuevos que traigan aire fresco.

No olvidemos que la integridad del toro, al igual que la seriedad del espectáculo es el primer paso y el más fundamental del espectáculo taurino.

B) Renovación del escalafón y exigencia de novilladas

Ahora mismo, existe una baraja de chavales jóvenes que son extraordinarios toreros; es el caso de Roca Rey –el más taquillero del momento, tras José Tomás- y consolidado como primera figura; Pablo Aguado y Juan Ortega... ambos ya con un sitio en las ferias gracias a su magnífica interpretación y ser dos dignos continuadores de la exquisita escuela sevillana; el extremeño Emilio de Justo, avalado por su pureza y sobreponiéndose a tantas piedras como han arrojado en su camino; Ginés Marín, con aires artistas... Sobre ellos y otros nombres más debe construirse la Fiesta de la próxima década.

La Fiesta necesita continuamente una novedad. Cada temporada debe surgir al menos un torero que empiece a ilusionar y de ahí llega la constante renovación del escalafón. Nadie critica a los toreros que llevan tantos años en la élite, todos magníficos profesionales y que supieran ganarse el sitio, pero en la mayoría de los casos su momento ya pasó, aunque han contado con las bendiciones de un sistema empresarial -quien manda en la Fiesta desde hace décadas- al que le ha venido muy mantener a los mismos nombre de siempre, olvidándose que la corriente fresca de la novedad es un banderín de enganche para un aficionado cansado de acudir a las plazas a ver el predecible espectáculo de las mismas ganadería y toreros durante los últimas décadas.

En este aspecto hay que incentivar a las pequeñas localidades para la promoción de festejos menores y novilladas. En ellos estuvo siempre la cantera, además del inmenso encanto que tienen y la ilusión que generan los chavales que dan sus primeros pasos.

Por otra parte, y por ley, se debe exigir que todas las ferias programen novilladas, porque hacerlo es sembrar en la besana del futuro. Hoy es muy lastimoso ver cómo las ferias que vuelven a recuperarse tras la pandemia no acartelen novilladas, ejemplo del reciente ciclo del Corpus, en Granada.

C) Variedad ganadera

La barbaridad cometida en los últimos años de mandar al matadero a sangres históricas es un atentado genético contra la casta brava. No se puede entender la nueva Fiesta sin variedad de encastes. Desde luego la sangre ‘Domecq’, tan de moda y exigida por las figuras, tiene un sitio de honor –hay excelentes ganaderías con ese

encaste-, pero todo dentro de su lógica y un orden. A la vez hay que exigir astados con procedencia de Santa Coloma, Saltillo, Atanasio, Contreras...

Aquí sería muy importante la creación, a través de los diferentes colectivos ganaderos y el amparo económico de las Administraciones, de una unidad para la preservación de esos encastes y evitar su definitiva extinción. Se trataría de poner en marcha algo parecido a los existentes con la protección de otras especies animales – lince, águila real, quebrantahuesos...-. Algunas Administraciones, en su momento, los crearon, aunque con escaso éxito. Un ejemplo es el Centro de Recuperación del Toro de Lidia puesto en marcha por la Junta de Castilla y León en el Campo Charro salmantino e inaugurado con la gran pompa y la solemnidad habitual de los políticos, para desinflarse enseguida por una pésima gestión hasta acabar cerrando sus puertas.

Sería fundamental y necesario que las distintas fuerzas ganaderas hicieran un frente común para exigir a la Administración la puesta en funcionamiento de un centro que velase por la recuperación de los históricos encastes que escribieron tantas páginas de grandeza en la Tauromaquia. Y desde luego que estuviera regentado por los profesionales que de verdad conocen este mundo.

D) Reducción de costes

El espectáculo taurino se ha convertido en un artículo de lujo en la mayoría de las plazas después que en los últimos años, paulatinamente, se haya ido encareciendo el precio de las entradas, hasta el punto que en muchos lugares solamente es asequible al bolsillo de las gentes adineradas y sin posibilidad de acceder a él a los más jóvenes, que son el futuro y a quienes se debería ofrecer precios más económicos. Algunas plazas, en los últimos años, han dinamizado los abonos jóvenes, aunque sin acabar de apostar definitivamente.

Otro punto necesario es hacerse escuchar ante la Administración para exigir unos tributos acordes. Resulta impropio que una corrida de toros tenga las mismas obligaciones fiscales que una novillada picada. Además, hay otra serie de cuantiosos gastos que encarecen el espectáculo y deben ser reglados, junto a la reestructuración de emolumentos, generalmente a cargo de muchas de las veteranas figuras que exigen un cachet superior al interés que despiertan entre los aficionados que pasan por taquilla. Tampoco es ético que en una novillada, o festejo menor, sean necesarios el mismo número de subalternos que una corrida de toros, con los gastos que acarrea y

muy pocos ingresos. En este espinoso asunto, las dos agrupaciones de profesionales de plata siempre han sabido defender su postura cada vez que se cuestionaba los profesionales que deben intervenir en los festejos menores

E) Carteles atractivos

En la variedad está el gusto y no es normal que la mayoría de las grandes ferias repitan siempre los mismos nombres, excepto San Fermín, que tradicionalmente reserva el primer puesto para el triunfador del ciclo anterior, al igual que guarda un sitio a las grandes novedades de la temporada. Por eso, la plaza de Pamplona es tan especial, porque junto al toro íntegro se respeta a los toreros –honorarios, dignidad...- y de ella deberían aprender y tenerla como modelo.

El resto de ciclos deberían tener su propia personalidad. De hecho, antes cada uno era diferente y nada tenía que ver con otro. Incluso empresarios que gestionaban diferentes cosas le sabían dar el toque exclusivo a cada uno conservando su esencia. Era el caso de Manolo Chopera, que organizaba la Semana Grande de Bilbao, las conocidas ‘corridas generales’ y esos mismos días también la de Almería, dos lugares con sellos muy distintos y él sabía hacer que cada una siguiera su camino. Algo semejante ocurría en septiembre con Salamanca y Logroño, dos ferias que fueron clásicas en la organización del donostiarra Manolo Chopera. En ellas, mientras la capital charra era más apasionada y contemplativa –a pesar de ser una de las cunas ganaderas- en la riojana se lidiaba el toro-toro y los toreros eran conscientes que en la plaza de La Manzanera tenían que solventar el penúltimo puerto de la temporada – Zaragoza era el restante-. Y Chopera sabía resolver, lejos de los empresarios actuales –entre ellos sus mismos herederos- que han globalizado sus plazas –ahora en manos del mexicano Alberto Bailleres- como la habitual sota, caballo y rey.

Por cierto, al hilo de Logroño no puede quedar en el tintero que a principios del siglo XX, perdió su vieja plaza de La Manzanera para dar paso a una moderna cubierta. Algo que en principio contaba con las bendiciones de ser un éxito acabó teniendo el efecto contrario; además en la confusión del cambio, Logroño acabó por perder la seriedad del toro que tanto prestigio le había dado. Por otra parte, el público que estaba adaptado a la antigua plaza, que gozaba del sabor y la torería de los viejos cosos, no acabó de adaptarse al nuevo, provocando a medida que pasaban los años, la pérdida de la afición, a pesar de que en esa tierra surgió un torero de campanillas:

Diego Urdiales, la primera figura riojana, avalado por el sentido clásico y la pureza como principales valores.

Estos ejemplos nos indican que se deben hacer carteles con más gancho. Abrirlos a nombres emergentes y hacer combinaciones diferentes. Por ejemplo, una corrida de seis toreros; potenciar los mano a mano... todo ello dentro de la grandeza que se exige, lejos de las recientes modas de los 'disfraces' –llámese las corridas 'picassianas', 'teresianas', 'pinzonianas'...-. De hecho, en este punto, cualquier tiempo pasado fue mejor y se debe recuperar el simbolismo que tenían muchos toreros en diferentes plazas, caso de Chamaco en Barcelona.

Otro punto que se debe evitar es la presencia de las figuras en las pequeñas localidades. Siempre se acartelaron en las mejores ferias y las poblaciones menores acogían a los toreros de menor entidad, pero recuperables, donde existía un segundo grupo con grandes toreros –muchos de ellos acabaron siendo figuras-. No significa que la afición de esos lugares no tenga derecho a disfrutar con las figuras, claro que la tiene, pero a cada cosa hay que darle su sitio. Y ahí es donde está el prestigio, jamás pueden las figuras comerle en pan a los modestos en sus plazas, algo que ha sido tan habitual en las últimas temporadas.

F) Fomento, promoción y escuelas taurinas

El futuro de la Fiesta pasa por la promoción, darla a conocer, expandir su grandeza. Las nuevas generaciones, por ejemplo, antes de decidir si van a ser aficionados o no, al menos darle la oportunidad de conocer la grandeza e historia de la Tauromaquia, sin que nadie los engañe o manipule, algo habitual en los últimos años desde distintos frentes, entre ellos las principales cadenas de televisión. En este aspecto es fundamental la labor de peñas, asociaciones, clubes... para la programación de conferencias, coloquios y actividades alrededor del mundo de los toros, implicándose en ello todos los protagonistas, junto a los viejos toreros, quienes mejor saber transmitir la grandeza de la Fiesta.

Las escuelas también son fundamentales, aunque es necesario una nueva manera de funcionar, principalmente porque ser torero es algo muy serio y no todo el mundo vale para ello. Por tanto es imprescindible contar solamente con aquellos chavales que de verdad tienen condiciones. Porque las escuelas han hecho cosas buenas, pero también muchas vulgarizan a los chavales al hacerles torear como sus

profesores les exigen y no dejarles llevar por su personalidad e instinto, o lo que es igual, por su inspiración.

Además hay otras cuestiones de las escuelas que hacen más daño que beneficio: Uno es la actual moda de programar ‘espectáculos’ de toreo de salón en lugares públicos. En ellos colocan en formación con un capote o una muleta en la mano a los aspirantes a la gloria, mientras el profesor da orden –cual si fuera un sargento frente a sus soldados- para que ejecuten un determinado lance o pase, momento en el que lo realizan sincronizados todos ellos en otra clara muestra de que las escuelas calcan a los aspirantes y los enseñan a todos igual, cuando el que quiere abrirse camino debe dejarse llevar por su personalidad e inspiración. Porque la técnica mata a la inspiración. Y es que el toreo es algo más serio y personal, sin olvidar el riesgo que entraña.

Otra razón por la que las escuelas deben pasar criba es que debe centrarse en los chavales que de verdad poseen condiciones y, llegado el momento, el chaval sea capaz de resolver los problemas que le plantea la res. Con ello se trabajaría mejor en algo tan serio e importante como es ser torero, evitando el calvario ante novillos con dificultades, porque en la escuela, mayormente, se les enseña a torear bonito y no a algo tan fundamental como lidiar, doblarse con el toro para poderle... En este aspecto siempre fue más ventajoso el torero que aprendió de manos de un profesional, generalmente un viejo torero o banderillero.

G) Prensa firme

En un capítulo anterior analizamos la triste realidad de la prensa actual, retomándolo de nuevo por su importancia. En lo sucesivo es necesario que llegue la escoba de barrer para devolver una prensa –en cualquiera de sus formatos- que aireé la bandera de la libertad, en críticas con conocimiento e independencia. Hacen falta críticos que arrastren a los aficionados y con crónicas que enseñen y por tanto fomenten la Fiesta. En cada época hubo un crítico de campanillas que era respetado. Ocurrió en las primeras décadas del siglo XX con Gregorio Corrochano; a partir de la Guerra Civil con el gran escritor costumbrista Antonio Díaz-Cañabate, a quien era un delicia leer; a al riojano César Jalón ‘Clarito’; al revulsivo de los pasados años 60 en la nueva crítica capitaneada por Alfonso Navalón, Vicente Zabala y Joaquín Vidal, tres magníficos escritores, cada cual con estilo propio.

Ahora, con los periódicos impresos asomándose al abismo de la desaparición, con las revistas taurinas que viven de la publicidad de quienes la protagonizan—y por tanto siempre cuidarán al ‘cliente’ y sin que las televisiones naciones presten mínima atención, únicamente los hacen las autonómicas- el futuro de la crítica pasa por un portal de internet abierto, con canal YouTube propio y buscar publicidad lejos de la Fiesta, junto a las suscripciones de sus socios, para no tener que pagar servidumbre alguna y poder alzar su bandera a los vientos de la independencia.

H) Subvenciones del Estado y pliegos

Muchas de las principales plazas son propiedad de Administraciones públicas —ayuntamientos, diputaciones... y otro grave problema a la hora de pujar por ella es la enorme cantidad de canon que se debe abonar. Ello ha originado que muchos empresarios tengan que buscar un socio capitalista para poder concursar. Ocurrió a Simón Casas con la empresa de viajes Nautalia para poder aspirar a Madrid; antes le había ocurrido lo mismo a José Antonio Chopera, a quien obligaron a aliarse con el millonario constructor Fidel San Román; e incluso cuando los hermano Lozano se presentan al concurso de Las Ventas, en la primera ocasión —en las siguientes ya no le hizo falta, al tener ellos suficiente crédito-, debieron contar con un socio capitalista, el naviero Fernando Fernández Tapias.

Además de Madrid en otras plazas ocurre lo mismo y las empresas deben concursar a través de una UTE, o con un socio capitalista para poder hacer frente a la enorme cantidad que suelen exigir por el canon. En ese punto hay que buscar soluciones y la que más se adapta a las circunstancias actuales es la gestión directa siguiendo el exitoso ejemplo de Santander, bajo el mando de un gerente contratado. Es la mejor opción y la que deben seguir Las Ventas, al igual que Valencia, Alicante, Zaragoza, Málaga..., donde son tan habituales los cambios de empresarios. Y en este asunto hay que presionar a las propiedades y enseñarle cuál es el mejor camino, aunque haya que tropezar con los políticos, que salvo en contados casos, tan poco bien han hecho siempre a la Fiesta.

Y es que en todos los espectáculos el peor tratado por la Administración es el taurino. De hecho hasta hubo un ministro de Interior que, cuando le preguntaba alguien de su confianza por reforma del reglamento o algún asunto relativo al sector, siempre decía: “dejad a los taurinos a su aire”. Porque la Tauromaquia está años luz

de las ayudas que recibe el teatro, el cine y otras artes que gozan de grandes subvenciones del Estado. Los toros únicamente tiene la concesión del Premio Nacional de Tauromaquia.

D) Urgencia de un único reglamento

Un punto fundamental para que la Fiesta de verdad quede blindada es contar con un reglamento taurino dependiente del Gobierno central. La llegada de las Autonomías provocó que cada una de ellas quisiera tener su propia reglamentación, algo que fue un absurdo, porque en la mayoría eran parecidos, pero sin embargo intentaban marcar diferencias del resto en algún punto, o pequeña cuestión.

Por ello se hace necesaria la desaparición de los reglamentos propios de cada Comunidad Autónoma y lo que si debe velar cada una de ellas es por la promoción y difusión, pero la manera de reglar un espectáculo siempre debe depender de un ente central. No es normal que un diestro toreé hoy en Málaga y al día siguiente lo haga en San Sebastián y, aunque la lidia sea la misma, siempre hay un pequeño matiz en la reglamentación de una y de otra, algo que se debe evitar, porque entre otras cosa a la Fiesta le sobra excesiva burocracia.

Esa razón también es un escudo para la defensa de la Tauromaquia y se evitaría la desaparición en caso de llegar al poder un partido antitaurino o nacionalista, evitándose episodios tan triste como el vivido con la prohibición en Cataluña.

CONCLUSIÓN

Bárbaro es aquel que nos distingue entre un animal y una persona.

(Fernando Savater)

Finalizado el grueso del trabajo y, en el momento de dar a conocer el colofón, se tratará de hacer de la manera más justa posible, sin mirar a los lados y sin dejarse llevar por sentimentalismos, ni tampoco por euforias. También de la forma más clara, pese a no ser el mejor momento de la Fiesta para lanzar flores y esconder el trasfondo que la envuelve. Para buscar una solución primero hay que conocer el problema y a continuación actuar sobre él, algo reflejado en esta obra.

La Tauromaquia debe hacerse respetar de manera acorde a su significado social, cultural y económico. Para ello hay que recuperar valores perdidos y luchar por creación de un departamento propio dependiente del ministerio de Cultura con categoría de Secretaría de Estado y dentro de él, tener representación los diferentes sectores que la conforman –toreros, ganaderos, aficionados, empresa...-, algo semejante a lo que ocurre en el deporte. Hoy, cada grupo laboral –figuras, subalternos, ganadería...- busca sus propias soluciones sin pensar en el resto y dejando siempre de lado al aficionado –quien mantiene el espectáculo-, por lo que se ha lastrado a la Fiesta al remar cada uno para el lado de su interés. Una necesidad apremiante es buscar soluciones a los movimientos antitaurinos, que actúan bajo la demagogia y la mentira, una vez descubierto el ‘lobby’ que los financia y dar una respuesta convincente, que debe ser la forma de demostrar los intereses ocultos que existen para acabar con el arte del toreo.

Ahora y cuando ya escampa la pesadilla del Covid y está cercana la luz de la normalidad, por delante nos esperan tiempos difíciles, eso a nadie se le escapa. Pero ojalá pronto vuelva a clarear, para que sobre la Tauromaquia vuelva a brillar el sol y seguir siendo una genuina aportación cultural, algo que únicamente se consigue por un camino: EL DEL TORO BRAVO QUE TRAIGA EMOCIÓN.